

## CAPITULO XVII.

DE CÓMO FUÉ EL ENTIERRO DEL INFANTE DON PEDRO DE ARAGON Y DE  
ALGUNOS OTROS MAGNATES ARAGONESES.

### I.

Tres dias despues, habia gran bullicio y gran curiosidad de gentes en Valladolid.

Esta inmensa concurrencia rebosaba por la puerta del puente Mayor, y se estendia hácia la carretera de Leon.

Muchos llevaban botas llenas de vino y meriendas, y los mejor acomodados iban vestidos de dia de fiesta.

¿Qué era aquello?

Se esperaba á los aragones, pero se les esperaba sin temor ninguno, porque venian muertos: eran los cuerpos del infante don Pedro, de los ricos hombres don Gimén de Urrea, don Remon de Urgel y otros, hasta el número de diez, á quienes venia acompañando el rico hombre Pero Coronel, á quien ya conocemos.

El resguardo de estos difuntos le daba la compañía franca de los Hermanos de la Selva, de la cual era capitán transitoriamente el rico hombre García Fernandez de Villamayor, por no

haber dejado aún el lecho Zayda Fatima y haberse quedado con ella el conde don Lope.

No faltaba, sin embargo, Melchor Zancudo, que llevaba enhiesto su estandarte en medio de los ginetes, llevando á su lado al Zurdo, que se habia trasformado en un buen hombre de armas, y que seguia á Zancudo, no porque le llevase este preso, sino porque se habia acostumbrado de tal manera á ir detrás de él, que se habia convertido en su sombra.

Esto desesperaba á Zancudo, que le habia dicho ya mas de tres veces:

—¿Creeis que temo que se me os escapeis, y para quitarme ese cuidado os venís detrás de mí?

—No, no señor, contestaba flemáticamente el Zurdo; es que os he tomado cariño.

Y como Jusepillo no se separaba nunca de su maestro, resultaba de aquí que Zancudo, mal su grado, llevaba siempre buena compañía.

## II.

¿Por qué venian aquellos cuerpos muertos á Valladolid?  
¿Era acaso porque la reina queria gozarse con la vista de los cadáveres de sus enemigos?

No cabia esto en el noble corazon de doña María.

Era al contrario, una muestra de su generosidad.

Cuando murió el infante don Pedro, encontrándose Pero Coronel con aquel cadáver y con los de otros nueve aragoneses, ricos hombres, amigos, y aun parientes suyos, y no queriendo fuesen sepultados en tierra estraña, envió un correo pidiendo á la reina su seguro, para que las gentes de Mayorga que habian ocupado á Valdemorilla, dejasen salir camino de Aragon aquellos cadáveres.

La reina no habia hablado aún con Zayda Fatima, y por consecuencia, no podia saber la buena disposicion de ánimo en que respecto á ella habia muerto el infante don Pedro.

Creia que habia tenido en él su mas irreconciliable enemigo, y sin embargo, envió su real carta de seguro á Pero Coronel para que pudiese sacar los cuerpos muertos de los aragoneses que quisiese para trasladarlos al suelo patrio, procurando por medio de órdenes á sus vasallos, que aquellos pobres restos fuesen conducidos con todo el decoro posible.

Llegó la fúnebre comitiva en la tarde de uno de los últimos dias de agosto á Zaratan, pueblecillo situado á un cuarto de legua de Valladolid.

La comitiva venia en el órden siguiente:

A vanguardia, cien ginetes de la compañía franca de los Hermanos de la Selva; despues, una manga de ballesteros; luego, el merino de Valdemorilla con algunos de los del concejo de aquel pueblo: despues, veinticuatro frailes de San Francisco de la villa de Mayorga; luego, otros veinticuatro del de Capuchinos, de la misma villa; doce despues de cada uno de los dos conventos de Valdemorilla.

Todos estos, merino, concejales y religiosos, en mulas: despues, doscientos ginetes de la compañía franca, y por último, el resto de sus peones.

Entre los religiosos que iban en dos largas filas, venian los cuerpos muertos, en grandes camillas, cubiertas por un paño y conducidas á manera de litera, por una mula delante y otra detrás.

Estas mulas las conducian palafreneros con la librea del difunto, y la seguian criados suyos que habian quedado milagrosamente vivos.

Delante iba el infante don Pedro, luego don Gimén de Urrea, luego don Remon Urgel, y por último, los otros siete caballeros.

## III.

El gentío que habia salido de Valladolid y que se habia prolongado mas allá de Zaratan, era inmenso.

Acudian como el vulgo acude á todo acontecimiento, sea del género que fuere.

Decapitad al héroe mas popular, y á ver la ejecucion acudirán el buen vulgo como á una fiesta.

Siempre lo mismo las masas: cualquier cosa las mueve.

Cierto es que iban á ver á los enemigos muertos; pero siempre era un espectáculo lúgubre, poco divertido en verdad.

En el pueblo de Zaratan, enviado por la reina, estaba el clero catedral de Valladolid con su capilla, montados obispo y canónigos en sendas mulas, y en asnos músicos y seises.

Lo cual no dejaba de hacer una buena visualidad.

En Zaratan hubo uno de los altos funcionarios de la córte que habia acudido, enviado tambien por la reina, que reparó en que los paños que cubrian los féretros eran tan poco decentes, que daba grima verlos; tal estaban de manchados de cera y de acribillados de agujeros y de rasgones.

Parecióle al tal señor que no estaba bien que habiendo mandado la reina se hiciesen aquellas honras á sus enemigos muertos, por razon de su categoría, fuese la honra incompleta, y deteniendo en Zaratan al cortejo fúnebre, avisó á la reina con un correo, de que los paños que traian los difuntos, eran tales, que no se podian mirar.

A la media hora volvió el mensajero con una acémila cargada de sendos y ricos paños de tartarí, que fueron puestos sobre los ataúdes, adecentándose de este modo el aparato.

No podia pedirse mas generosidad á la reina, puesto que no era bastante rica para hacer frente, sin sacrificio, á tales dispendios, á los que habia que añadir algunos centenares de hachones de cera que se enviaron para que los llevasen encendidos en las manos todos los que componian el fúnebre cortejo, excepto los soldados y los músicos de la capilla de la catedral, que mal hubieran podido tañer si hubiesen llevado un cirio en las manos.

## IV.

Ordenóse en Zaratan el entierro en la forma siguiente:

Media compañía de lanzas de los Hermanos de la Selva, delante con trompas, atabales y trompetas, y con el estandarte abriendo la marcha.

Despues, el merino de Valladolid con el concejo de la ciudad.

A seguida, una comision, por decirlo así, de frailes de cada una de las comunidades.

Despues, los otros frailes que habian venido durante todo el camino, con la sola diferencia de que dejaron las mulas para ponerse en armonía con los de Valladolid, que por ser corta la distancia, y menos blandos que el clero catedral, habian venido á pié.

A seguida, en grupo, algunos ricos hombres, camareros y pajes de la servidumbre de la reina y del rey, vestidos de gala y con hachones en las manos.

A seguida, entre dos hileras de lanzas, por honor, los ataúdes.

Despues, en sus mulas, el obispo y los canónigos, y en sus burros, la capilla con el guion episcopal, entonando la vigilia.

A seguida, la otra mitad de las lanzas y todos los peones de los Hermanos de la Selva.

Y mezclados entre estos fraternalmente, los legos que llevaban del ronzal las mulas de sus padres.

Por último, ruidosa y heterogénea la inmensa multitud de curiosos que habian salido de Valladolid.

## V.

Tan larga era esta procesion, que cuando los trompeteros y atabaleros de la compañía franca llegaban al puente Mayor de Valladolid, la cola tocaba todavía al pueblo de Zaratan.

Mas allá de la puerta del puente, en los miradores de una gran casa de piedra perteneciente al rico hombre Gil de Arévalo, estaban la reina doña María, con el rey su hijo, y gran parte de sus servidores, todos modestamente vestidos.

Don Diego Lopez de Haro, que tras de la reina estaba, al pasar los ataúdes, lanzó sobre ellos una mirada sombría.

Tal vez al contemplar aquella miseria, pensaba que en el porvenir podia caer sobre él otra miseria semejante.

Aquellos hombres que tan soberbios habian entrado en Castilla, habian sido reducidos de una manera terrible á la nada.

El señor de Vizcaya empezó á sentir miedo á aquella reina tan patentemente protegida por Dios.

Al pasar los ataúdes, la reina se arrodilló y oró, y por imitacion se arrodillaron el rey y los cortesanos.

El rey se alegraba, y debia alegrarse de la destruccion de sus enemigos, y á los cortesanos ni les iba ni les venia, pero se habia arrodillado la piadosa reina, y era necesario que se arrodillasen todos.

El fúnebre cortejo acabó de pasar, y la reina, el rey y la comitiva se retiraron al cercano Alcázar.

La reina iba triste y acongojada; acababa de ver algo terrible, algo miserable, algo conmovedor, y su gran corazon se habia oprimido.

## VI.

Llevaron los difuntos á la catedral, cantáronles un responso, y luego, con algunas lanzas y algunos religiosos, los sacaron de la catedral y de Valladolid, y tomaron con ellos el camino de Aragon.

## CAPITULO XVIII.

### QUE SIRVE DE EPÍLOGO AL LIBRO TERCERO.

#### I.

Tal habia sido la conclusion de aquel cerco de Mayorga, que se habia puesto con tanta soberbia y con tantas seguridades de triunfo.

Como que los aragoneses contaban con la rebelde ayuda de los principales próceres castellanos, con la de los reyes de Portugal, de Francia y de Granada.

Todo lo habia deshecho la voluntad de Dios, y de una manera espantosa.

La situacion empezó á cambiar de aspecto.

Lo milagroso de aquel suceso habia vuelto en gran parte las cosas en favor de la reina.

Empezaban á prestarle ayuda muchos caballeros con sus mesnadas, y aunque el rey de Portugal seguia avanzando hácia Valladolid, no venia con tanto ímpetu como antes.

Parecia que le causaba cierta zozobra pensar en que como